

# Lo simbólico, lo imaginario y lo real<sup>1</sup>

Jacques Lacan

*En junio de 1953, Jacques Lacan abandonó la Sociedad Psicoanalítica de París (SPP) junto con Daniel Lagache, Françoise Dolto, Juliette Favez-Boutonier, B. Reverchon-Jouve y varios otros analistas que terminaron fundando la Sociedad Francesa de Psicoanálisis (SFP), cuyo espíritu iba a ser mucho más abierto y liberal que el de la institución madre. Apenas un mes después, en la primera reunión científica de esa nueva sociedad, Lacan dio esta conferencia, en la que presentó los tres registros que, en lo sucesivo, iban a guiar su enseñanza. Al mismo tiempo, hizo alusión, por primera vez, al consabido “retorno a Freud” o, mejor dicho, al “retorno a los textos de Freud”, que decía haber iniciado dos años antes. Siguiendo a Claude Lévi-Strauss, también enunció allí, por primera vez, la idea de que en el síntoma se expresaba “algo estructurado y organizado como un lenguaje” y la noción de que “el nombre del padre crea la función del padre”. Finalmente, basándose en las estructuras elementales del parentesco, definía la palabra a la vez como mediadora y como constitutiva de la realidad (A. Dagal).*

Mis buenos amigos, ustedes podrán ver que para esta primera comunicación llamada científica de nuestra Sociedad, he tomado un título que no carece de ambición. Ante todo empezaré por disculparme, pidiéndoles que consideren esta comunicación llamada científica más bien como, por un lado, un resumen de puntos de vista, que los que aquí están, mis alumnos, conocen bien y con los cuáles están familiarizados desde hace unos dos años a través de mi enseñanza; y también como una especie de prefacio o de introducción a cierta orientación de estudio del psicoanálisis.

En efecto creo que el retorno a los textos freudianos que es el objeto de mi enseñanza desde hace dos años, me ha dado -o más bien, nos ha dado, a todos los que hemos trabajado juntos-, una idea cada vez más certera de que no hay dimensión más total de la realidad humana que la realizada por la experiencia freudiana y que no podemos dejar de retomar las fuentes y estudiar estos textos en todos los sentidos de la palabra. No podemos dejar de pensar que la teoría psicoanalítica (y al mismo tiempo la técnica ya que no constituyen más que una sola cosa) no haya sufrido una especie de retroceso, y la verdad sea dicha, de degradación. Es que en realidad no es fácil mantenerse al nivel de una plenitud tal. Por ejemplo, un texto como el del "Hombre de los Lobos", pensaba tomarlo esta tarde como base y ejemplo de lo que he de exponerles. Pero durante todo el día de ayer hice una relectura completa del mismo; había hecho al respecto un seminario el año pasado y sin embargo se me impuso la sensación de que era absolutamente imposible darles una idea, aunque sea aproximada, de ese texto; y que de mi seminario del año pasado había una sola cosa que hacer: retomar el año próximo.

Pues lo que percibí en ese texto formidable, después del trabajo y progreso que hemos hecho juntos este año alrededor del texto "El hombre de las ratas", me hace pensar que lo que había sacado el año pasado como principio, como ejemplo, como tipo de pensamiento característico dado por ese extraordinario trabajo era literalmente un mero "approach", como dicen los anglo-sajones; dicho de otro modo, un balbuceo. De modo que, en resumen, haré tal vez incidentalmente una breve alusión, pero trataré sobre todo simplemente de decir algunas palabras sobre el planteamiento de un problema semejante; sobre lo que quiere decir la confrontación de estos tres registros que son los registros esenciales de la realidad humana, registros muy distintos y que se llaman: lo simbólico, lo imaginario y lo real.

Ante todo, una cosa que es evidentemente sorprendente y que no debería escapársenos; o sea, que hay en el análisis toda una parte de real en nuestros sujetos que precisamente se nos escapa; que sin embargo no escapaba a Freud al ocuparse él de cada uno de sus pacientes. Pero, por supuesto, aunque no se le escapaba, caía igualmente fuera de su dimensión y alcance. Uno no terminaría nunca de sorprenderse del hecho y modo del cual habla de su 'Hombre de las ratas', distinguiendo entre 'sus personalidades'. Al

---

<sup>1</sup> Texto publicado por primera vez en castellano en 1977, en *Revista Argentina de Psicología*, 22, 11-27. La versión “oficial” de este texto es muy tardía, y data de 2005: « Le Symbolique, l’Imaginaire et le Réel », en *Des noms-du-père*, París, Seuil.

respecto concluyó: "*la personalidad de un hombre fino, inteligente y culto*", personalidad que puso en contraste con los otros aspectos del sujeto. Sí bien eso se atenúa, al tratar su 'hombre de los lobos', no por ello deja de mencionarlo. Ahora bien, a decir verdad, no estamos obligados a refrendar todas sus apreciaciones. No parece tratarse en el 'Hombre de los lobos' de alguien de tanta clase. Pero es sorprendente: lo enfatiza como un punto particular. En cuanto a su 'Dora', ni que hablar, si hasta podemos decir que la ha amado.

Hay por lo tanto en todo esto algo que, evidentemente no deja de impactarnos y que en suma es algo que constantemente nos concierne. Yo diría que ese elemento directo, que ese elemento de peso, de apreciación de la personalidad, es algo bastante inefable al cual hemos de atenernos en el registro de lo mórbido, por un lado, así como en el registro de la experiencia analítica con sujetos que, en absoluto, caen en el registro de lo mórbido; es algo que en resumen, siempre debemos cuidar y que está particularmente presente en la experiencia de los que estamos encargados de la pesada tarea de elegir a los que se someten al análisis con un fin didáctico. En suma ¿qué podemos decir, después de todo? Cuando expresamos, al término de nuestra selección, todos los criterios que se invocan: ¿es necesaria la neurosis para hacer un buen analista? ¿un poquito? ¿mucho? ¿seguramente no, en absoluto? Pero a fin de cuentas, ¿es eso lo que nos guía en un juicio que ningún texto puede definir, y que nos hace apreciar las cualidades personales de esta realidad?, podrían reducirse a esto: *¿qué significa que un sujeto tenga o no tenga pasta*, que sea, como dicen los chinos ('she-un-ta') un hombre de gran talla, o ('sha-o-yen') o un hombre de pequeña talla? Es algo que -es necesario decirlo- constituye los límites de nuestra experiencia. Es en este sentido que se puede decir para plantear la cuestión de saber qué entra en juego en el análisis: ¿de qué se trata? Acaso de ese *rapport* real del sujeto -a saber, *según cierto modo y según nuestras medidas de reconocimiento*-. ¿Es sobre eso que debemos trabajar en el análisis? *Ciertamente no*. Se trata indudablemente de otra cosa. Y he aquí la pregunta que nos planteamos sin cesar y que se plantean todos los que intentan formular una teoría de la experiencia analítica. ¿Qué es esa experiencia singular entre todas, que va a aportar transformaciones tan profundas a los sujetos? ¿Y qué son tales transformaciones? ¿Y cuál es su resorte?

La elaboración de la doctrina analítica desde años apunta a responder esta pregunta. Y es cierto que el hombre común no parece asombrarse, por otro lado, de la eficiencia de esta experiencia que se desenvuelve íntegramente en palabras; y, en cierto sentido, en el fondo tiene razón, puesto que en efecto, funciona y para explicarla parecería que no tuviéramos de entrada más que demostrar el movimiento en marcha. Y por ende, 'hablar' es ya introducirse en el sujeto de la experiencia analítica. Es allí, efectivamente, cuando es útil proceder y saber y ante todo plantear la pregunta: ¿qué es la palabra, es decir, el símbolo?

En verdad a lo que asistimos es más bien a un evitamiento de dicha pregunta. Y, ciertamente, lo que constatamos es que al reducirla a (al querer no ver en los elementos y en los resortes propiamente técnicos del análisis más que algo que debe acceder por una serie de aproximaciones a la modificación de las conductas) mecanismos, costumbres del sujeto, desembocamos rápidamente en un cierto número de dificultades y de 'impases', al punto de no poder -ciertamente- situarlos en el conjunto de un estudio total de la experiencia analítica; pero de proseguir en ese sentido, nos orientamos inevitablemente hacia un cierto número de impenetrables que se nos oponen y que tienden a transformar, a partir de allí, el análisis en algo que se manifiesta como mucho más irracional de lo que realmente es.

Es sorprendente ver cuantos novicios y recién venidos a la experiencia analítica han expresado, en sus primeras expresiones sobre sus experiencias, la cuestión del carácter irracional de este análisis, precisamente cuando tal vez, por el contrario no haya técnica alguna más transparente. Y por supuesto, así anda todo. Abundamos en apreciaciones psicológicas más o menos parciales del sujeto paciente; hablamos de su 'pensamiento mágico'; hablamos de todo tipo de registros que tienen indudablemente su valor y son reencontrados de modo muy vivo por la experiencia analítica. De allí a pensar que el análisis mismo juega en un cierto registro, ciertamente el del pensamiento mágico, no hay más que un paso, rápidamente franqueado cuando no se toma como punto de partida y como referencia desde el vamos, la cuestión primordial: 'qué es esa experiencia de la palabra', y por decirlo todo, de plantear al mismo tiempo la cuestión de la experiencia analítica, la cuestión de la esencia y del intercambio de la palabra.

Creo que el punto del cual se debe partir es el siguiente. Partamos de la experiencia, tal como nos fue presentada en las primeras teorías del análisis: ¿qué es eso 'neurótico' a lo cual debemos atenernos en la experiencia analítica? ¿qué ocurrirá en la experiencia analítica? ¿Y ese pasaje del consciente al inconsciente? ¿Y cuáles son *las fuerzas que dan a este equilibrio una cierta existencia? Nosotros lo llamamos el principio del placer.*

Para sintetizar diremos con M. de Saussure, que 'el sujeto alucina su mundo'; es decir que sus ilusiones o sus satisfacciones ilusorias no pueden ser de todos los órdenes. Evidentemente él va a desviarlas hacia un otro orden que el de sus satisfacciones, quienes encuentran su objeto en lo real puro y simple. Jamás un síntoma ha calmado el hambre o la sed de un modo duradero, si no es por medio de la absorción de alimentos que les satisfagan, aún cuando una baja general del nivel de la vitalidad pueda, en los casos límites, ser la respuesta; por ejemplo: la hibernación natural o artificial. Todo esto es concebible sólo como una fase que no podrá, ciertamente durar, si no es con el riesgo de arrastrar daños irreparables.

La reversibilidad misma de los problemas neuróticos, supone que la economía de las satisfacciones en ella implicadas fueran de otro orden e infinitamente menos ligadas a ritmos orgánicos fijos, aunque determinando ciertamente una parte de ellos. Esto define la categoría conceptual que resuelve este tipo de objetos. Es justamente aquello que estoy en vías de definir: lo imaginario si se acepta y reconoce todas las implicaciones que le son apropiadas. A partir de ahí es muy simple, claro, fácil, de ver que este tipo de satisfacción imaginaria no puede ser encontrado nada más que en el orden de los registros sexuales.

Todo está dado a partir de esta especie de condición previa de la experiencia analítica. Y no es asombroso, aunque, ciertamente, deban ser confirmadas (controladas, diría yo), por la experiencia, que una vez hecha, hace que las cosas parezcan responder a un perfecto rigor.

El término "libido" es una noción que no hace más que expresar la noción de reversibilidad, la que a su vez, implica la de equivalencia, en cierto metabolismo de las imágenes; para poder pensar esta transformación es necesario un término energético a lo que ha servido el término de 'libido'. Se trata por supuesto de algo complejo. Cuando digo 'satisfacción imaginaria', no es evidentemente el simple hecho de que Demetrios se haya satisfecho de haber soñado que poseía a la sacerdotisa cortesana... aunque este caso no es sólo un caso particular en el conjunto. . . Sino que es algo que va más allá y que está actualmente recortado por toda una experiencia que es la que los biólogos evocan concerniendo a los ciclos instintivos, muy especialmente en los registros de los ciclos sexuales y de la reproducción; a saber, que, puestos aparte los estudios todavía más o menos inciertos e improbables tocantes a los conectores neurológicos en el ciclo sexual, (¡y que no son lo más sólido de esos estudios!), está demostrado que estos ciclos en los animales responden a fenómenos denominados con el mismo término que el utilizado para designar los problemas y los resortes sexuales primarios de los síntomas en los sujetos mismos, o sea el 'desplazamiento'.

Lo que muestra el estudio de los ciclos instintivos en los animales, es precisamente, que son esencialmente de orden imaginario, y que son lo más interesante en el estudio del ciclo instintivo, a saber, que su límite, que su definición, el modo de precisarlo fundamentado sobre la puesta a prueba de un cierto número de experiencias hasta un determinado límite de desvanecimiento, son susceptibles de provocar en el animal esa especie de puesta en erección de la parte del ciclo del comportamiento sexual del cual se trata. Y el hecho de que en el interior de un ciclo de comportamiento determinado, sea siempre susceptible la aparición, en ciertas condiciones, de un determinado número de desplazamientos; por ejemplo, en un ciclo de combate la brusca aparición en el retorno de este ciclo, (en los pájaros uno de los combatientes que se pone de golpe a alisar las plumas) de un segmento del comportamiento de ostentación que intervendrá en el medio de un ciclo de combate.

Se podrían dar mil ejemplos más. No estoy aquí para enumerarlos. Esto es simplemente para darles la idea de que éste elemento de desplazamiento es un resorte absolutamente esencial del orden y sobretodo del orden de los comportamientos ligados a la sexualidad. Sin duda, estos fenómenos no son electivos en los animales, pero otros comportamientos (cf, los estudios de Lorenz sobre las funciones de la imagen en el ciclo de la alimentación) muestran que lo imaginario juega un papel importante en el orden de los comportamientos sexuales. Y por otro lado, en el hombre, es siempre y principalmente en este plano que nos encontramos frente a este fenómeno.

Desde el vamos señalamos, puntualizamos lo expuesto con lo siguiente: que los elementos de comportamiento instintivos desplazados en el animal son susceptibles de alguna cosa en la cual vemos el esbozo de lo que llamamos un "comportamiento simbólico".

Lo que llamamos en el animal un comportamiento simbólico es lo que, cuando uno de esos segmentos desplazados adquiere valor socializado, sirve al grupo animal de punto de referencia para un cierto comportamiento colectivo. Así, planteamos que un comportamiento puede ser imaginario cuando su oscilación entre imágenes lo hace susceptible de desplazamientos fuera del ciclo que asegura la satisfacción de una necesidad natural.

A partir de ahí, el conjunto que se articula en la raíz del comportamiento neurótico puede ser definido y dilucidado en el plano de la economía instintiva, teniendo en cuenta que siempre concierne a un comportamiento sexual. No necesito retornar sobre esto a no ser para indicar brevemente que un hombre pueda eyacular a la vista de una pantufla es algo que no nos sorprende como así tampoco que un esposo la utilice para llevar a su consorte a mejores sentimientos, pero seguramente, a partir de ello nadie soñaría que una pantufla pueda servir para apaciguar la excitación extrema de un individuo. Es que, a lo que debemos constantemente atenernos es a los fantasmas. En el orden del tratamiento no es raro que el paciente, el sujeto, haga intervenir en el curso del análisis un fantasma tal como el del 'fellatio del partenaire del analista'. ¿Trátase también aquí de algo que haremos ingresar en un ciclo arcaico de su biografía de un modo cualquiera? ¿Una anterior subalimentación? Es evidente que cualquiera sea el carácter incorporativo que demos a esos fantasmas jamás pensaríamos en tal subalimentación. ¿Cómo entenderlo?

Puede significar muchas cosas. En efecto es necesario ver bien que lo imaginario está a la vez lejos de confundirse con el dominio de lo analizable y, que por otro lado, puede existir otra función que la imaginaria. No es porque lo analizable coincida con lo imaginario, que lo imaginario se confunde con lo analizable, que es lo exclusivamente analizable, y que sea enteramente lo analizable o lo analizado.

Para tomar el ejemplo de nuestro fetichista, a pesar de que sea raro, si admitimos que allí se trata de una especie de perversión primitiva, no es imposible visualizar casos parecidos. Supongamos que se tratara de uno de esos desplazamientos imaginarios tal como los encontramos realizados en el animal. Supongamos, en otros terminos, que la pantufla sea aquí estrictamente el desplazamiento del órgano femenino puesto que es más a menudo en el macho que se da el fetichismo. Si, literalmente, no hubiera nada que pudiera representar una elaboración con respecto a este dato primitivo, serían tan igualmente inanalizables ciertas fijaciones perversas.

Inversamente, para hablar de nuestro paciente o sujeto, si lo pensamos como presa de un fantasma lo estamos planteando como algo que tiene un muy diferente sentido y en este caso está bien claro que si ese fantasma puede ser considerado como algo que representa lo imaginario es porque puede representar ciertas fijaciones a un estadio primitivo oral de la sexualidad. En otras palabras no diremos que su práctica del fellatio sea constitucional.

Entiendo pues que aquí, en el fantasma en cuestión, el elemento imaginario no tiene en rigor más que un valor simbólico que debemos apreciar y comprender en función del momento del análisis en que se inserta. En efecto aún cuando el sujeto retiene su confesión el fantasma surge en un momento preciso del diálogo analítico. Está hecho para expresarse, para ser dicho, para simbolizar algo, y algo que difiere según el momento del diálogo.

¿Qué decir pues? Que no basta que un fenómeno represente un desplazamiento, dicho de otro modo, se inscriba entre los fenómenos imaginarios, para que sea analizable y que, para que lo sea, es necesario que represente a otra cosa que a si mismo.

Para abordar el tema en cuestión o sea el simbolismo, diré que toda una parte de las funciones imaginarias en el análisis no tienen otra relación con la realidad fantasmática que ellas manifiestan que, por ejemplo, la que tiene la sílaba 'po' (en la palabra pote) con las formas, preferentemente simples del jarro que ella designa. Como podemos fácilmente ver en el hecho de que en 'policía' o 'poltrón' esta sílaba 'po' tiene totalmente otro valor. Podremos utilizar el 'pote' para simbolizar la sílaba 'po' inversamente en el término 'policía' o 'poltrón', pero convendrá agregarle al mismo tiempo, en tal caso, otros términos

igualmente imaginarios que no serán tomados por otra cosa que como sílabas destinadas a completar la palabra.

De este modo es necesario entender lo simbólico en juego en el intercambio analítico, teniendo en cuenta que lo que en él encontramos, y estamos definiendo, es lo que Freud definió como su realidad esencial, así se trate de síntomas reales, actos fallidos y todo cuanto en ello se inscriba; se trata todavía y siempre de símbolos, y de símbolos muy específicamente organizados en el lenguaje, que por consiguiente funcionan a partir de ese equivalente del significante y del significado: la estructura misma del lenguaje.

No me pertenece la expresión: '*el sueño es un acertijo*', pertenece a Freud. Y que el síntoma expresa, también él, algo estructurado, organizado como un lenguaje, queda de manifiesto a partir del hecho de que el síntoma histérico arroja siempre un equivalente de una actividad sexual, pero jamás un equivalente unívoco. Por el contrario se trata siempre de un equivalente plurívoco, superpuesto, sobredeterminado, y por decirlo todo, construido según el exacto modelo en que lo son las imágenes en los sueños, las que representan una competencia, una superposición de símbolos tan compleja como una frase poéticas la que a su vez vale por su tono, su estructura, sus giros, su ritmo, su sonoridad, por consiguiente y esencialmente sobre varios planos, en el orden y registro del lenguaje.

A decir verdad, esto no se nos aparecerá en su relieve si no intentamos ver a pesar de todo, que es algo enteramente propio del lenguaje. Ciertamente no estamos aquí para hacer un delirio colectivo, ni organizado, ni individual sobre el problema del origen del lenguaje, ya que es un tema que se presta inmejorablemente a este tipo de delirios. El lenguaje está ahí, es un emergente. Y ahora que ha emergido no sabremos jamás cuándo ni cómo ha empezado, ni cómo eran las cosas antes que él estuviera.

Pero sin embargo, ¿cómo expresar ese algo que debe, tal vez haberse presentado como una de las formas más primitivas del lenguaje? Piensen en las contraseñas. Veán, elijo a propósito este ejemplo, justamente porque el error y espejismos cuando se habla del lenguaje, radica siempre en creer que su significación es la que él designa. Pero no es así. Por supuesto que designa algo, pero antes de hacerlo cumple una cierta función. Y elijo a propósito la contraseña porque tiene esa propiedad de ser elegida de manera íntegramente independiente de su significación, y esa significación es la de designar a quien la pronuncia como teniendo tal o cual propiedad en respuesta a la pregunta que motivó la palabra. Algunos dirán que el ejemplo está mal elegido puesto que está tomado del interior de una convención. Pero precisamente en ello reside su valor. Por otro lado no podemos negar que la contraseña tiene la más preciosa de las virtudes; sirve simplemente para evitarnos ser muertos.

Es por eso que podemos considerar el lenguaje como teniendo una función. Nacida entre esos animales feroces que debieron ser los hombres primitivos (a juzgar por nuestros contemporáneos no es tan inverosímil), la contraseña no es justamente aquello mediante lo cual 'se reconocían los hombres del grupo', sino aquello mediante lo cual 'se constituye el grupo'.

Hay otro registro en el que se puede meditar acerca de esta función del lenguaje; es el del lenguaje estúpido del amor, que consiste, en el último grado del espasmo, del éxtasis -o al contrario de la rutina, según los individuos- a cualificar repentinamente su compañero sexual con el nombre de una legumbre o de un animal repugnante. Esto expresa también algo que no está lejos de tocar el problema del horror al anonimato. No es por nada que tal o cual de estas apelaciones al animal o soporte totémico, se encuentra en la fobia. Es evidente que hay, entre los dos, algún punto en común; el sujeto humano está muy especialmente expuesto, lo veremos en seguida, a este tipo de vértigo que aparece y experimenta la necesidad de alejarlo, la necesidad de hacer algo que lo trascienda. Y es de lo que se habla en el origen de la fobia.

En estos dos ejemplos, el lenguaje está particularmente desprovisto de significación. En ellos podemos, inmejorablemente, ver lo que diferencia el símbolo del signo, a saber, la función interhumana del símbolo. Se trata de algo que nace con el lenguaje y que hace que después que la palabra (y precisamente para lo que sirve la palabra) haya sido pronunciada, los dos compañeros pasan a ser otra cosa que antes. Esto, apoyándonos en el más simple de los ejemplos.

Por otra parte se equivocarían al creer que éstos no son ejemplos particularmente plenos. Seguramente a partir de estas pocas observaciones, podrán percibir que, así sea en la contraseña, así sea

en la palabra llamada de amor, se trata de algo, que a fin de cuentas está lleno de connotaciones. Digamos que la conversación que en un momento dado de vuestra carrera de estudiantes hayan podido tener (en una cena, por ejemplo), donde el modo y la significación de las cosas intercambiadas tiene ese carácter común a las conversaciones de la calle o del colectivo, no es otra cosa que un cierto modo de hacerse reconocer, lo que justificarla a Mallarmé cuando dice que el lenguaje es '*comparable a esa moneda borrada que se pasa de mano en mano en silencio*'.

A partir de ahí, veamos pues de que se trata; ya que en suma es lo que se establece cuando el neurótico llega a la experiencia analítica. Es que él también comienza diciendo cosas. Dice cosas, y las cosas que dice no deben sorprendernos si, al inicio, no son más que palabras de poco peso, a las que acabo de aludir. Sin embargo hay algo que es fundamentalmente diferente; es el hecho que viene al analista para otra razón que para decir tonteras y banalidades; que, desde el vamos, en la situación está implicado algo. Y algo que no es banal, puesto que en suma, es su propio sentido lo que viene a procurar; es que hay algo místicamente puesto sobre la persona de quien lo escucha. Por supuesto avanza sobre esta experiencia, sobre esta vía original, con -¡Dios mío!- todo lo que tiene a su disposición: a saber, con la creencia ante todo de que debe hacer de médico, informar al analista. Ciertamente ustedes tienen su experiencia cotidiana; llevándolo a su plano, digamos que de lo que se trata no es de hacer eso, sino de hablar, y preferentemente, sin procurar meterse en el orden de la organización, es decir, a meterse según un narcisismo bien conocido, en el lugar de su interlocutor.

Al fin de cuentas la noción que tenemos del neurótico es que en sus síntomas mismos, se trata de una 'palabra amordazada' en la que se expresa un cierto número, digamos, de trasgresiones de un cierto orden' que por sí mismas gritan al cielo el orden negativo al cual se han inscripto. Por no haber realizado el orden del símbolo de un modo vivo, el sujeto realiza imágenes desordenadas cuyo sustitutivo ellas son. Y es, ciertamente, eso lo que va ante todo y desde ya, a interponerse a toda relación simbólica verdadera.

Lo que el sujeto expresa ante todo y desde el vamos cuando habla, es ese registro que llamamos las 'resistencias'; lo que no quiere y puede interpretarse de otra manera que como el hecho de una realización hic et nunc, en la situación y con el analista, de la imagen o las imágenes que son las de la experiencia precoz. Y es sobre este punto que se edifica toda la teoría de la resistencia y eso, tan solo después del reconocimiento del valor simbólico del síntoma y de todo aquello que puede ser analizado.

Lo que la experiencia prueba y demuestra, es justamente algo más que la realización del símbolo; es: el intento del sujeto, de constituir hic et nunc en la experiencia esta referencia imaginaria que denominamos, 'los intentos del sujeto de hacer entrar al analista en su juego'. Lo que vemos, por ejemplo, en el caso del 'Hombre de las ratas', cuando percibimos (rápida, pero no inmediatamente, así como tampoco Freud) que al relatar su historia obsesiva, en el gran énfasis sobre el suplicio de las ratas hay, un intento en el sujeto de realizar hic et nunc, (aquí y con Freud), esa especie de relación sádico-anal imaginaria que constituye por sí misma la sal de la historia. Y Freud percibió que se trata de algo que se traduce y se traiciona fisiognómicamente, en la cara, en la expresión del sujeto, puesto que lo califica en ese momento: el horror del goce ignorado.

A partir del momento en que estos elementos de la resistencia son remontados en la experiencia analítica, que se los ha podido medir, pesar como tales, se constituye un momento significativo en la historia del análisis. Y podemos decir que es a partir del momento en que se supo hablar al respecto de un modo coherente (en el momento por ejemplo, del artículo de Reich, uno de los primeros al respecto. aparecido en el *International Journal*), que Freud hace surgir el segundo en la elaboración de la teoría analítica: algo que no representa nada más y nada menos que la teoría del yo; en esa época, 1920, aparece 'das Es' (el ello), y en aquel momento empezamos a percibir en el interior (es preciso mantenerlo siempre en el interior del registro de la relación simbólica) que el sujeto resiste; que esta resistencia no es como una simple inercia opuesta al movimiento terapéutico, como se podría decir en física que la masa resiste a toda aceleración. Es algo que establece cierto lazo, que se opone como tal, como una acción humana, a la del terapeuta; pero, con esta precisión: es necesario que el terapeuta no se engañe. No es a él en tanto realidad que se le opone, sino en la medida en que, en su lugar, está realizada una cierta imagen que el sujeto proyectó sobre él.

En verdad, éstos no son más que términos aproximativos. Es igualmente en ese momento que nace la noción de pulsión agresiva, que es necesario adjuntar a la libido el término destruido; y esto no sin motivo. Es que a partir del momento en que su meta es descifrar las funciones totalmente esenciales de esas relaciones imaginarias, tal como se presentan bajo la forma de resistencia, aparece un otro registro que no está ligado a nada menos que a la función propia que juega el yo en esa teoría del yo, que no trataré hoy, y que es absolutamente necesaria distinguir en toda noción coherente y organizada del yo del análisis; a saber, el yo como función imaginaria del 'moi', como unidad del sujeto alienado a si mismo, del 'moi' como aquello en lo que el sujeto no puede reconocerse más que alienándose y por consiguiente no puede reencontrarse más que aboliendo el alter ego del 'moi', el que, como tal, desarrolla la dimensión, muy distinta de la agresión, que denominaremos agresividad.

Creo que ahora nos es necesario retomar el problema en estos dos registros: la cuestión de la palabra y la cuestión de lo imaginario.

La palabra, se los he mostrado en forma abreviada, juega ese rol esencial de mediación. De mediación quiere decir, de algo que intercambian los dos partenaires en presencia. Esto no tiene, por otra parte, nada que no nos sea dado hasta en el registro semántico de ciertos grupos humanos. Y si ustedes leen (no es un libro que merezca todas las recomendaciones, pero es bastante expresivo como manual y excelente como introducción para quienes la necesiten) el libro de Lenhardt, "Do Kamo", verán que entre los Canacos se produce algo bastante particular en el plano semántico, o sea, que el término 'palabra' significa algo que va mucho más lejos de lo que nosotros designamos. Alude además a una acción. Y por otro lado, también entre nosotros la 'palabra dada' es una forma de acto. Pero es igualmente algunas veces un objeto, o sea, algo que se pierde, una gavilla. Es no importa que, pero entre ellos por momentos designa un objeto, algo que se lleva, una gavilla... pero a partir de ahí, existe algo que no existía antes. Convendría también hacer otra observación: es que la palabra mediadora no lo es pura y simplemente en ese plano elemental, puesto que permite trascender la relación agresiva fundamental al espejismo del semejante. Es necesario que sea más que eso, porque si reflexionamos, vemos que constituye no solamente esa mediación, sino que igualmente constituye la realidad en si misma. Esto es claramente evidente si consideran lo que denominamos una estructura elemental, es decir, arcaica del parentesco. Lejos de ser elementales, no lo son siempre. Por ejemplo, el hecho especialmente complejo (en verdad, estas estructuras complejas no existirían sin el sistema de palabras que las expresan) de que entre nosotros, las interdicciones que regulan el intercambio humano de las alianzas, en el sentido propio de la palabra, se reduzcan a un número excesivamente restringido, tiende a confundirnos, palabras como 'padre, madre, hijo...' con relaciones reales.

Es porque el sistema de relaciones de parentesco, por su misma constitución, se ha extremadamente reducido en sus límites y en su campo. Pero, si ustedes formaran parte de una civilización donde no podrían desposar tal o cual prima en séptimo grado porque es considerada como prima paralela, o inversamente, como prima cruzada, o encontrándose con ustedes en una cierta homonimia que retorna cada tres o cuatro generaciones, percibirían que la palabra y los símbolos tienen una decisiva influencia en la realidad humana, y es precisamente porque las palabras tienen exactamente el sentido que yo les decreto. Como diría Humpty Dumpty en Lewis Carroll, cuando se le pregunta ¿por qué?, y da esa respuesta admirable: *"porque soy el amo"*.

Digamos que en principio, es evidente que es el hombre en efecto quien da su sentido a la palabra. Y que, si posteriormente las palabras se encuentran en el común acuerdo de la comunicabilidad, es decir, que las mismas palabras sirven para reconocer la misma cosa, es precisamente en función de relaciones, de una relación de partida, que ha permitido a esas personas ser personas que comunican. En otros términos, no es absolutamente cuestión, salvo en una percepción psicológica expresa, de intentar deducir cómo las palabras salen de las cosas y les son sucesiva e individualmente aplicadas, pero sí de comprender, que es en el interior del sistema total del discurso, del universo de un lenguaje determinado, que comporta por una serie de complementariedades, un cierto número de significados; que lo que hay que significar, a saber, las cosas hay que acomodarlas, dándoles un lugar.

Es así que las cosas, a través de la historia se constituyen. Es lo que torna particularmente pueril toda teoría del lenguaje, por cuanto habría que comprender el papel que juega en la formación de los

símbolos. Por ejemplo, la teoría dada por Wasserman, quien hizo al respecto, en el *International Journal of Psychoanalysis*, 1944, un muy lindo artículo cuyo título es: 'Language, behavior, dynamic psychiatry'. Es evidente que uno de los ejemplos que da, muestra con suficiencia la fragilidad del punto de vista behaviorista. Pues es de eso que se trata en esta oportunidad. Cree resolver la cuestión de lo simbólico del lenguaje, dando este ejemplo: el condicionamiento que tendrá efecto en la reacción de contracción de la pupila a la luz, regularmente producido en simultaneidad con una campanilla. Suprimimos la excitación de la luz y la pupila se contrae cuando agitamos la campanilla. Terminaríamos por obtener la contracción de la pupila por la simple audición de la palabra 'contract'. ¿Creen ustedes que con eso han resuelto el problema del lenguaje y de la simbolización? Pero, está bien claro que si en lugar del 'contract' hubiera otra cosa, habría podido obtener exactamente el mismo resultado. Y no se trata del condicionamiento de un fenómeno, sino en los síntomas de la relación del síntoma con todo el sistema del lenguaje. Es decir, el sistema de las significaciones de las relaciones interhumanas como tales.

Creo que el eje de lo que acabo de decirles es el siguiente: ¿qué es lo que constatamos, y en qué consiste el recorte que hace el análisis de esas observaciones mostrándonos hasta en su último detalle el alcance y la presencia?

Es, ni más ni menos, que en esto: que toda relación analizable, es decir, interpretable simbólicamente, está siempre más o menos inscripta en una relación de tres. Lo hemos ya visto en la estructura misma de la palabra: mediación entre tal y cual sujeto en lo libidinal realizable; lo que nos muestra el análisis y lo que da su valor a este hecho afirmado por la doctrina y demostrado por la experiencia es que finalmente nada se interpreta, porque es de eso que se trata en la intermediación de la realización edípica. Es ese el sentido. Quiere decir que toda relación de dos está siempre más o menos marcada por el estilo de lo imaginario; y que, para que una relación tome su valor simbólico, es necesario que tenga la mediación de un tercer personaje que realice, en relación al sujeto, el elemento trascendente gracias al cual su rapport con el sujeto puede ser mantenido a una cierta distancia.

Entre la relación imaginaria y la relación simbólica está la distancia de la culpabilidad. Es por eso, la experiencia lo muestra, es que la culpabilidad siempre es preferible a la angustia. La angustia en sí misma está, desde ya lo sabemos, por el progreso de la doctrina y la teoría de Freud, siempre ligada a una pérdida, es decir, a una transformación del yo, o sea, a una relación dual próxima a desvanecerse, y a la cual debe suceder algo más que el sujeto no puede abordar sin un cierto vértigo. He ahí el registro y la naturaleza de la angustia. La introducción del tercero en la relación narcisística introduce la posibilidad de una mediación real, esencialmente por la intermediación del personaje que, con relación al sujeto, representa un personaje trascendente, dicho de otro modo, una imagen de dominio por medio de la cual su deseo y su cumplimiento pueden realizarse simbólicamente. En ese momento interviene otro registro, que es justamente el denominado: o bien de la ley, o bien de la culpabilidad, según el registro en el que es vivido. (Notarán que abrevio un poco; ese es el término. Estimo, al abreviar, no despistarlos con ello, puesto que se trata, aquí o en nuestras reuniones de cosas harto repetidas.)

Lo que quisiera subrayar referente a este registro, de lo simbólico es sin embargo importante. Es lo siguiente: desde que se trata de lo simbólico, concierne, a aquello en lo que el sujeto se compromete en una relación propiamente humana; desde que se trata de un registro del 'je' (yo), se trata de un compromiso: en 'yo quiero... yo amo', hay siempre algo literalmente dicho, de problemático, es decir, un elemento temporal muy importante a ser considerado. ¿A qué apunto? Esto plantea toda una serie de problemas que deben ser tratados paralelamente al problema de la relación de lo simbólico y de lo imaginario. El problema de la constitución temporal de la acción humana es, absolutamente inseparable de la relación de lo simbólico y de lo imaginario. Aunque no pueda resolverla en toda su amplitud esta noche, es necesario por lo menos indicar que la encontramos sin cesar en el análisis y quiero decir del modo más concreto. Ahí también para comprenderla conviene partir de una noción estructural, si se puede decir, existencial, de la significación del símbolo.

Uno de los puntos que pareciera de lo más controvertido de la teoría analítica, a saber, el del supuesto automatismo de repetición, ha sido magistralmente ejemplificado por Freud, al mostrar como actúa el primer dominio: el niño que elimina por desaparición su juguete. Esta repetición primitiva, esta escansión temporal, que hace que la identidad del objeto sea mantenida en la presencia y en la ausencia,



nos da la dimensión y significado del símbolo en tanto refiere al objeto, es decir, a lo que denominamos el concepto. Ahora bien, ahí encontramos ilustrado algo que parece bastante oscuro cuando leemos en Hegel: '*el concepto es el tiempo*'. Sería necesario una conferencia de una hora para demostrar que el concepto es el tiempo. (Cosa curiosa, Hippolyte, que trabaja la "Fenomenología del Espíritu" se contentó en hacer una nota diciendo que esto era uno de los puntos más oscuros de la teoría de Hegel).

Ahí tocamos algo muy simple, que consiste en que el símbolo del objeto, es justamente 'el objeto ahí'. Cuando él no está más es el objeto encarnado en su duración separado de sí mismo, y que por lo mismo, puede estar, en cierto modo, siempre presente, siempre ahí, siempre a vuestra disposición. Reencontramos allí la relación que hay entre el símbolo y el hecho que todo lo que es humano es considerado como tal, y cuanto más humano, más preservado, si se puede decir, del aspecto motor y descomponente del proceso natural. El hombre hace y ante todo, hace subsistir en una cierta permanencia todo lo que ha durado como humano.

Reencontramos un ejemplo. Si hubiera querido tomar por otra punta el problema del símbolo, en lugar de partir de la palabra, o de la pequeña gavilla, habría partido del túmulo sobre la tumba del jefe o sobre la tumba de cualquiera. Lo que caracteriza la especie humana es, justamente, el rodear al cadáver con algo que constituye una sepultura, el mantener el hecho que 'esto ha durado'. El túmulo o no importa que otro signo de sepultura merece con toda precisión el nombre de símbolo, de algo humanizante. Conceptúo símbolo a todo aquello cuya fenomenología he intentado mostrar hoy. Es por lo que, si les señalo esto no es sin razón, y la teoría de Freud ha debido avanzar hasta la noción de instinto de muerte, y todos los que, a posteriori, poniendo el acento solamente en lo que es el elemento de resistencia, es decir, el elemento noción imaginaria en la experiencia analítica, anulando más o menos la función simbólica del lenguaje, son los mismos para quien el instinto de muerte es algo que no tiene razón de ser.

Este modo de 'realizar' en el sentido propio del término, de retrotraer a un cierto real la imagen, -habiendo por supuesto incluido como una función esencial un particular signo de ese real- de retrotraer a lo real la expresión analítica, está siempre presente entre aquello que carece de ese registro, correlativamente a la puesta entre paréntesis (léase exclusión) de lo que Freud denominó instinto de muerte, o que denominó, más o menos, automatismo de repetición.

En Reich es muy característico. Para Reich todo lo que el paciente cuenta es 'flatus vocis', el modo con que el instinto muestra su armadura. Punto que es significativo, muy importante, pero en la medida en que es puesta entre paréntesis toda esta experiencia en tanto simbólica, el instinto de muerte queda excluido, puesto, entre paréntesis. Lógicamente este elemento de muerte no se manifiesta únicamente en el plano del símbolo. Ustedes saben que se manifiesta en lo que es el registro narcisista. Pero se trata de otra cosa mucho más próxima a este elemento de aniquilación final, ligada a todo tipo de desplazamiento. Lo podemos conceptualizar. El origen, la fuente como lo he indicado a propósito de los elementos desplazados, no está en la posibilidad de transacción simbólica de lo real; sino que es, al mismo tiempo, algo que tiene mucho menos relación con el elemento duración, en tanto concibo el porvenir esencial del comportamiento simbólico como tal.

Ustedes, notan, estoy obligado a ir un poco rápido. Hay muchas cosas a decir en todo esto. Y es cierto que el análisis de nociones tan diferentes como las de: resistencia, resistencia de transferencia, transferencia como tal, abre a la posibilidad de comprender lo que es necesario llamar propiamente transferencia y dejar a la noción de resistencia. Creo que todo esto puede fácilmente inscribirse con relación a las nociones fundamentales de lo simbólico y de lo imaginario.

Quisiera simplemente, para terminar, ilustrar de algún modo (es siempre necesario dar una pequeña ilustración de lo que uno cuenta), darles algo que no es más que una aproximación, con respecto a los elementos de formalización que he desarrollado más profundamente con mis alumnos del Seminario (por ejemplo en el Hombre de las Ratas). Podemos llegar a formalizar plenamente con la ayuda de los elementos como los que les voy a indicar. Esto es algo que les mostraré lo que quiero decir.

He ahí como un **análisis** podría, muy esquemáticamente, insertarse desde su inicio hasta el final: **rS - rI - ir - iS - sS - SI - SR - iR - rR - rS: realizar el símbolo.**

Este es el punto de partida: el analista es un personaje simbólico como tal. Y es a ese título que se lo consulta, puesto que es, a la vez el símbolo de toda potencia, es una autoridad, el amo. Es en esta perspectiva que el sujeto la encuentra, colocándose en una cierta postura que es aproximadamente esta: 'es usted quien tiene mi verdad', postura completamente ilusoria, pero típica.

- **rI**: después tenemos: la realización de la imagen.

Es decir la instauración más o menos narcisista en la que el sujeto entra en una conducta que es justamente analizada como resistencia. ¿Y en virtud de qué? De una relación **iI**.

- **iI**: imaginación / imagen

Es la captación de la imagen esencial constitutiva de toda realización imaginaria en tanto la consideremos como instintiva; esta realización de la imagen es la que hace que la espinosa hembra (pez) sea cautivada por los mismos colores que el espinoso macho y que entren progresivamente en una cierta danza que las lleva ustedes saben donde.

¿Qué es lo que la constituye en la experiencia analítica? La incluyo por el momento en un círculo (cf. más lejos).

Después de eso tenemos:

- **iR**: - que es la continuación de la transformación precedente: **I** es transformado en **R**.

Es lo que hace de resistencia, de transferencia negativa o aún, en el límite, de delirio, que hay en el análisis. Es en cierto modo lo que los analistas tienden a definir: *"el análisis es un delirio bien organizado"*, fórmula que he oído en la boca de mis maestros, que es parcial, pero no inexacta.

¿Y después qué pasa? Si el final es bueno, si el sujeto no tiene todas las disposiciones para ser psicótico (en cuyo caso permanece en el estadio **iR**) pasa a:

- **iS**: la imaginación del símbolo.

Imagina el símbolo. Tenemos, en el análisis mil ejemplos de la imaginación del símbolo. Por ejemplo: el sueño; el sueño es una imagen simbolizada.

Aquí interviene:

- **sS**: que permite la subversión. Que es la simbolización de la imagen. Dicho de otro modo, lo que denominamos 'la interpretación'. Esto únicamente luego del franqueamiento de la fase imaginaria que aproximadamente engloba: **rI - iI - iR - iS**; empieza la elucidación del síntoma por la interpretación (**sS**).

-**SI**

Luego tenemos:

-**SR** que es en suma, la meta de toda salud y que no consiste (como se cree) en adaptarse a un real más o menos bien definido y organizado, sino en hacer reconocer su propia realidad; en otras palabras, su propio deseo. Como a menudo lo he subrayado, hacerlo reconocer por sus semejantes, es decir simbolizarlo.

En ese momento recontramos:

- **rR**

Lo que nos permite llegar por fin al:

-**rS**

Es decir, exactamente al punto de donde hemos partido.

No puede ser de otro modo, puesto que si el análisis es humanamente válido, no puede ser más que circular. Y un análisis puede comprender varias veces este ciclo.

-**iI** es la parte propia del análisis, es lo que se denomina (sin razón) 'la comunicación de los inconscientes'.

El analista debe ser capaz de comprender el juego que juega su sujeto. Debe comprender que él mismo es el espinoso macho o hembra según la danza que lleva su sujeto.

El **sS** es la simbolización del símbolo. Es el analista quien debe hacerla. No hay dificultad: él mismo es desde el vamos un símbolo. Es preferible que lo haga con totalidad, cultura e inteligencia. Es por eso que es preferible, que es necesario que el analista tenga una formación tan completa como sea posible en el orden cultural. Más sepan ustedes, más les servirá. Y esto (**sS**) no debe intervenir sino después de un cierto estadio, después de una cierta etapa franqueada.

Y en particular, es en este registro (no es por nada que lo he separado) que el sujeto forma siempre una cierta unidad más o menos sucesiva, cuyo elemento esencial se constituye en la transferencia. Y el analista viene a simbolizar el superyo, que es el símbolo de símbolos.

El superyo es simplemente una palabra que no dice nada. (Una palabra que prohíbe). El analista no tiene ninguna dificultad en simbolizarla. Es precisamente lo que hace.

El **rR** es su trabajo, impropriamente designado con la expresión 'benévola neutralidad', de la cual se habla a diestra y siniestra, y que simplemente quiere decir que, para un analista todas las realidades son equivalentes; que todas son realidades. Esto parte de la idea de que todo lo que es real es racional y viceversa. Y es lo que le debe dar esa benevolencia contra la cual viene a romperse la resistencia y le permite llevar a buen puerto su análisis. Todo eso se ha dicho un poco rápidamente.

Podría haberles hablado de otras cosas. Pero, al final esto no es más que una introducción, un prefacio a lo que yo intentaré tratar más completamente, más concretamente, el informe que espero hacerles en Roma, sobre el tema del lenguaje en el psicoanálisis.

**Traducción: O. Teles de Irusta**

**Establecimiento del texto: A. G. Cabas**